

# EL NACIONALISMO EN EL ARTE MEXICANO

por  
MARIO ARANCIBIA S.

## I

El nacionalismo en casi todos los países americanos no pasa más allá de ser una aspiración, una meta hacia la que se encaminan los esfuerzos aislados de algunos artistas. Una dualidad irreconciliable entre el arte popular y el arte culto, hacen casi imposible su realización.

Por una parte el arte popular, que es autóctono, espontáneo y sincero, descuida sus formas de expresión y no se preocupa por ser arte; por otra parte, el arte culto que se preocupa de las formas de expresión y que es arte consciente, vive desligado del ambiente, encerrado en salones y conservatorios que son simples agencias del arte europeo y lo mismo podría haberse producido aquí que en cualquier otro lugar.

A veces se intenta por parte por algunos artistas una fusión de arte culto y popular, y entonces sí que el asunto toma caracteres de lamentable tragedia. No faltan músicos, por ejemplo, que con mucha voluntad y muy poca comprensión toman una melodía indígena o una canción campera y le dan una armonización al estilo de Strawinsky, produciendo la misma impresión que daría una tocata de J. S. Bach interpretada por pífanos, guitarras y trucas.

Un solo país en América, México, ha logrado plasmar en moldes de alta calidad artística el rico contenido espiritual de su pueblo. Para conseguirlo, hizo falta todo un proceso histórico, toda una tragedia de sentimientos reprimidos, de odios y esperanzas, que ha durado siglos, y que hoy renace en los frescos de Rivera y Orozco, o en la música de Carlos Chávez, dándole al arte mexicano un pujante sentido de individualización.

## II

Cuando el conquistador español puso su altiva planta en suelo mexicano, arrasando sus tierras, estrujando sus vidas, destruyendo sus monumentos y sus dioses, una lucha sorda, intensa, oculta bajo un manto de sumiso desdén, quedó planteada como semilla de rebelión en las tierras de Netzahualcoyotl.

Los españoles fueron bien recibidos por el pueblo azteca, pero cuando a sus obsequios se respondió con la violencia, "Moctezuma hizo una reverencia, olvidó que su joven corazón estaba lleno de polvo, y colocando so-

bre su frente la pulida turqueza, se fué por el mundo ataviado con plumas de flamenco". Esta fué la actitud de todos sus súbditos. En medio del caos que el invasor desencadenó sobre su vida, el indio supo librarse del aniquilamiento total, encerrándose en sí mismo y dejando que en el cauce profundo y silencioso de su vida interior, las poderosas fuerzas espirituales que habían animado su cultura, siguieran su curso y allí no pudo llegar nunca el español.

En toda la historia de México esta fuerza subterránea ha estado presente; ella fué la única herencia que durante siglos recibió el indio y su hermano de tragedia, el mestizo. Dos han sido sus principales formas de expresión: el arte y la revolución.

En la época colonial, los frailes dominicos enseñaron a los aztecas nuevas industrias y nuevas artes, como la loza esmaltada y vidriada, que ellos habían cogido a su vez de los moros; pero en manos de los indios ésta se animó de nuevos colores y de nuevas formas. Lo mismo ocurría con la alfarería y la arquitectura. Ya en el siglo XVII, un nuevo estilo, ni indio ni español, y de firmes y reconocibles características, empezó a adornar la vida mexicana. Eran las primeras respuestas de México a España.

Pero el indomable espíritu que parecía dormido en el alma del pueblo mexicano, el espíritu de lo que fué y de lo que debió ser, no se contentó con imponer un nuevo sello en el arte producido y se manifestó una y mil veces en gritos de protesta o en franca revolución. Ese espíritu que nació con el gesto de Moctezuma, es el que se hizo presente en la guerra por la libertad contra el gobierno español, el que animó más tarde el espíritu de Juárez, el que dió a México su brío contra el emperador invasor, y el que brotó a raudales en la revolución de 1910 con ansias de definitiva realización. Este espíritu es el que ha estado presente cada vez que la palabra justicia adorna una boca mexicana. Una y mil veces también ha sido traicionado. Lo fué tras la guerra con España, cuando de un amo blanco español, el pueblo mexicano pasó a tener un amo blanco criollo y ni sus tierras, ni sus derechos a la vida plena fueron devueltos. Lo fué cuando la marcha revolucionaria iniciada por Juárez se torció en un despotismo con Porfirio Díaz, y lo fué más que nunca cuando, a fines del siglo XIX, un arte y una filosofía traídos de Europa, pretendió identificarse con los sentimientos mexicanos. "A pesar de jactarse de un credo positivista, los líderes de esos tiempos no miraban el mundo que los rodeaba; según ellos, éramos ricos y poderosos; el heroísmo y el patriotismo eran virtudes vulgares; el sistema de gobierno era un modelo que las otras naciones podrían imitar. Nuestro pueblo, decían, desciende de los poderosos indios del pasado; era fuerte y feliz. ¿Acaso no poseíamos en las ciudades principales instituciones modelos? Nuestra Universidad, ¿no era la más antigua de América? ¿No se seguían los últimos métodos europeos en cuestión de estudios y enseñanzas, en libros de textos franceses?" (1)

### III

Pero sobrevino la revolución de 1910. Muy distintos pensamientos traían los líderes que la forjaron; muy distinto modo de apreciar la realidad mexicana y su tradición; pero carecían de una ideología consistente y les era difícil

(1) y (2) Moisés Sáenz, "El genio de la vida en México".

poner en un orden racional el flujo impetuoso de sus sentimientos. Y entonces el arte les señaló el camino: volver al pasado. "Estos individuos fueron los depositarios de la tradición mexicana. Algunos habían estado fuera del país por algún tiempo, pero volvieron a él; la mayor parte de ellos pertenece a la nueva generación. Lo que los intelectuales encontraban muy difícil de hacer, el artista lo llevó a cabo con la mayor facilidad. En tres años cortos, Diego Rivera despliega la historia de México en sus frescos épicos, realidad e inspiración, hechos e ideales; Orozco nos trae a la memoria épocas de sufrimiento y mundos de fuerza; Chávez llena el aire de una extraña música, reminiscencia del tambor y del pífano indio, geometría fuerte y llena de nuevos significados, una música que despierta en nosotros cuerdas dormidas y acelera el golpe de nuestras pulsaciones.

"Los artistas lograron lo que no habían podido obtener los ideólogos. En su pintura, en su música, en sus bailes se realizó la unión deseada, una unión de sentimientos, la común aceptación del mensaje. Una vez más el artista hizo la integración". (2)

Urgando en su tradición, los artistas mexicanos se han encontrado a sí mismos. Un principio de unidad, que tiene su raíz en el pasado remoto, anima todas las expresiones de su pueblo. México ya tiene un alma.

M. A. S.